

Maniobras contra el sueño

En el momento de partir, la señora Eloísa aún pensaba que esto de volver a Azul en auto era un hecho afortunado. El viajante al que conocía su futuro consuegro había llegado puntual a buscarla al hotel y parecía una persona correcta, ¿qué más se podía pedir?, había acomodado él mismo su pequeña valija de lagarto en el asiento de atrás y había murmurado una disculpa por lo lleno de mercaderías que estaba el auto. Disculpa ociosa, pensó la señora Eloísa, pero de algo tenía que hablar el hombre, ¿verdad?, estos primeros diálogos entre desconocidos siempre resultan un poco forzados. Ella misma, apenas el auto arrancó, se sintió obligada a hacer un comentario trivial (acerca del calor agobiante) que generó un intercambio de opiniones sobre la baja presión, la probabilidad de lluvia, y lo bien que esa lluvia le haría al campo, parecer —este último— que fue derivando mansamente a los campos del marido de la señora Eloísa, las tribulaciones de ser hacendado, las dichas y desventuras de ser viajante, y los diversos atributos de otros muchos oficios. Al llegar a Cañuelas, la señora Eloísa ya había hablado —primero con cordialidad, luego con creciente desgano— del carácter de sus tres hijos, la inminente boda de la mayor, las mesas de quesos, el colesterol bueno y el colesterol malo, la alimentación más recomendable para un cocker spaniel, y a su vez conocía varios datos básicos sobre la vida del hombre, datos que antes de llegar a San Miguel del Monte —y luego de un silencio gratamente prolongado— ya ni siquiera recordaba. Tenía sueño. Había apoyado la cabeza en el respaldo, había cerrado los ojos y empezaba a sentirse blandamente acunada por el sonido del motor, sordo, aletargante, parecido a las chicharras de siestas abrasadoras. *Le molesta si fumo.* Lo oyó como viniendo entre una bruma de aceite y con esfuerzo abrió los ojos.

—No, por favor.

Miró lánguidamente al hombre que conducía, ahora no recordaba en absoluto cómo se llamaba, ¿señor Ibáñez?, ¿señor Velazco?, ¿señor Burbujita Encantadora?, ¿Maese Eructos?

—Gran compañero cuando uno maneja.

Esta vez abrió los ojos con espanto. Buscó una pista a su alrededor — ¿quién, quién era un gran compañero? Nada: sólo el hombre fumando con los ojos exageradamente abiertos, claro: el cigarrillo. Hizo todo lo posible por ser vivaz.

—Todos me dicen que es extraordinario cómo despeja la mente.

Nunca nadie le había dicho semejante estupidez, realmente había sido un error no volver en ómnibus, ahora habría podido extenderse en el asiento y dormir plácidamente. Entrecerró los ojos. Hasta cierto punto acá también podía hacerlo. Así, delicioso: dejarse adormecer y no despertarse hasta *Gran suerte*. ¿Lo oyó? ¿Este hombre acaba de decir «gran suerte»? No iba a callarse nunca entonces, ¿no se daba cuenta de que ella estaba muerta de sueño?

—... porque la verdad que esta pesadez da sueño.

En la señora Eloísa fulguró un destello de alegría.

—Un sueño intolerable— dijo.

—Y no sólo la pesadez, ¿sabe una cosa? Anoche no pude pegar los ojos ni un segundo. Por los mosquitos, ¿vio que hay invasión de mosquitos?

Cállese, por favor, quiero dormir. Clamor silencioso de la señora Eloísa.

—Por el calor —dijo—, si no viene una buena tormenta...

—La tormenta ya se viene, mire —el hombre indicó con la cabeza una masa negruzca que venía del sur—. En dos minutos vamos a tener una lluviecita que para qué le cuento.

—Sí, qué lluviecita.

Ahora el sueño era un sentimiento doloroso contra el que no deseaba luchar. Casi con obscenidad había vuelto a apoyar la cabeza en el respaldo y había dejado que los párpados cayeran pesadamente. Poco a poco fue desentendiéndose del calor y del hombre sentado a su izquierda y se fue entregando al traqueteo pastoso, monocorde del auto... *pero descansado no le tengo miedo a la lluvia*. Dejó que las palabras se deslizaran por su cabeza, casi sin registrarlas. *Lo que pasa es que hoy, qué sé yo, me parece que en cualquier momento me voy a dormir*. ¿Un estado de alerta dentro del sueño? Tal vez motivado por el chasquido de las primeras gotas.

—¿Le digo una cosa? Hoy, si no tenía una buena compañía que me charlase, ni me animaba a salir.

La señora Eloísa no abrió los ojos. Dijo con sequedad:

—No sé si soy una buena compañía.

La indignación casi había conseguido desvelarla pero no pensaba darle al hombre el gusto de hablar: fingió que se había dormido. En seguida oyó la lluvia como un derrumbe; durante unos minutos fue todo lo que oyó. Poco a poco, se fue quedando realmente dormida.

—Por favor, hábleme.

Las palabras entraron en el sueño como un grito: algo ineludible. La señora Eloísa abrió con dificultad los ojos.

—Qué manera de llover— dijo.

—Terrible— dijo el hombre.

Sin duda no la ayudaba. Todo lo que pretendía era que hablase ella para no quedarse dormido. Casi nada.

—A mí me gusta, me gusta mucho —sospechó que por ese camino podía llegar a un punto muerto; se apuró a agregar:

—Es decir, no así. —*En un altillo, yo muerta de hambre, ¿pintora?, bailarina, y un hermoso hombre de barba amándome como nunca lo soñó.* —No así— repitió con energía (debía darse tiempo para encontrar la manera de cambiar el rumbo: el sueño la hacía meterse en callejones sin salida); impulsivamente dijo: —Una vez escribí una composición sobre la lluvia —se rio—. Es decir, qué tonta, debo haber escrito muchas composiciones sobre la lluvia, es un tema tan vulgar.

Esperó. Luego de unos segundos el hombre dijo:

—No, no crea. —Y no agregó nada más.

La señora Eloísa buscó largamente algo nuevo de qué hablar. Dijo:

—Me gustaba hacer composiciones —afortunadamente empezaba a sentirse locuaz—. Tenía temperamento artístico, me dijo una vez una profesora. Originalidad. Esa composición que le digo, es raro que me haya acordado de golpe. Es decir, es raro que le haya dicho «una vez escribí una composición sobre la lluvia» cuando en realidad escribí muchas —ahora lo descubriría: el secreto era hablar y no detenerse—, y que no tuviera ni idea de por qué lo dije cuando lo dije, y que ahora sí. Es decir, no sé si puede entenderlo, pero ahora estoy segura de que cuando le dije que una vez escribí una composición sobre la lluvia, quería decir la de los pordioseros.

Se detuvo, orgullosa de sí misma: había llevado la conversación a un punto correcto. Podía apostar que ahora el hombre iba a preguntarle: *¿Pordioseros?* Eso sin duda facilitaría las cosas.

No, al hombre no parecía haberle llamado la atención. De cualquier modo ella había dado con una buena veta porque ahora recordaba nítida la composición. Era lo esencial: un tema concreto, cosa de seguir hablando aun cuando se estuviera un poco dormida. Dijo:

—Mire qué curioso, en esa composición yo decía que la lluvia era una bendición para los pordioseros, ¿cómo se me podía ocurrir una cosa así?

—Qué curioso— dijo el hombre.

La señora Eloísa se sintió alentada.

—Yo le daba una explicación bastante lógica. Decía que los pordioseros viven calcinándose al sol, en fin, se ve que me imaginaba que para ellos era siempre verano, bueno, se calcinaban al sol y entonces, cuando llegaba la lluvia, era como una bendición, la fiesta de los pordioseros, creo que decía.

Apoyó la cabeza en el respaldo como quien se premia. AZUL 170 KM., leyó a través del agua. Suspiró aliviada: había conseguido hablar un buen trecho, seguro que el hombre ya estaría despejado. Cerró los ojos y disfrutó de su propio silencio y la amodorrante letanía del agua; con ternura se dejó arrastrar hacia la concavidad del sueño.

—Hábleme.

Sonó imperioso y desesperado a la vez. ¿Es que el hombre tendría tanto sueño como ella?, mi Dios. Sin abrir los ojos trató de recordar de qué había estado hablando. La composición. ¿Qué más podía decir sobre la composición?

—Usted pensará que... —se interrumpió; le costaba retomar el hilo—, es decir, la maestra pensaba que... —ahora le parecía vislumbrar otra punta del recuerdo. Dijo con firmeza: —Hizo un círculo rojo. Un círculo rojo alrededor de «bendición», y escribió con letras de imprenta una palabra que yo en ese tiempo desconocía. Incoherente —miró con desconfianza al hombre—. No era incoherente. Tal vez usted piensa que era incoherente pero no era.

—No, por favor —dijo el hombre.

—Sí, seguro que usted lo piensa porque yo misma me puedo dar cuenta de que parece incoherente pero hay cosas... —¿qué?; ¿cosas qué?; ya no veía con tanta claridad como recién por qué eso no era incoherente. Igual debía seguir hablando antes de que fuera el hombre quien se lo exigiese—. Quiero decir que hay veces en que el calor es peor que... —Contra su voluntad miró el cartel indicador: calculó que aún tendría que hablar durante unos ciento veinte kilómetros y eso le produjo una sensación angustiada, como de estar cayendo en un pozo inagotable—. Hay veces en que el calor es abrumador, sobre todo si... —Buscaba con pánico las palabras, ¿y si nunca más encontraba un tema de conversación?; durante un brevísimo instante tuvo que reprimir el deseo de abrir la puerta del auto y arrojarse al camino. De golpe dijo: —Una vez vi a una pordiosera— y se sorprendió de sus propias palabras porque la imagen no estaba en la memoria ni en ninguna parte: acababa de emerger de la nada, nítida bajo el calor sofocante de Buenos Aires: una mujer joven y desgreñada, un poco ausente entre los autos—. No sé si sería una pordiosera, es decir, no